

que ha mantenido el Estado libre, y que ahora resucita ó descubre, una á una, las industrias, las ciencias y las artes. Todo se renueva: se descubren la América y las Indias; se conoce la figura de la tierra; se anuncia el sistema del mundo; se funda la filología moderna; principian las ciencias experimentales; brotan como una mies las artes y la literatura; se transforma la religión; no hay región de la inteligencia y la actividad humanas que no desbroce y fecunde ese esfuerzo universal. Es tan grande, que pasa de los innovadores á los rezagados, y frente al protestantismo que erigió levanta un catolicismo. Parece que los hombres abren los ojos de repente y *ven*. En efecto, entran en una forma de espíritu nueva y superior. El rasgo característico de esa edad es que los hombres no conocen ya las cosas fragmentaria y aisladamente, ó mediante clasificaciones escolásticas y mecánicas, sino en conjunto, en ojeadas generales y completas, con esa comprensión apasionada de un espíritu simpático que, colocado delante de un vasto objeto, le penetra en todas sus partes, le sondea en todos sentidos, se le apropia, se le asimila, se queda con su imagen grabada viva y profundamente, tan viva y profundamente que se ve obligado á traducirla y exteriorizarla en una obra de arte ó en una acción. Un calor de alma extraordinario, una imaginación exuberante y magnífica, semi-visiones, visiones completas, artistas, creyentes, fundadores, *creadores*: he ahí lo que produce semejante forma de espíritu; porque, para crear, hay que tener, como Lutero y San Ignacio, como Miguel Angel y Shakespeare, no una idea abstracta, parcial y seca, sino una idea figurada, cabal y sensible, una verdadera criatura que se agita interiormente y pugna por salir á luz. Este es el gran siglo de Europa

y el momento más admirable de la vegetación humana. Aun hoy vivimos de su savia, y no hacemos más que continuar su germinación y su esfuerzo.

## II

Cuando el poder humano se manifiesta tan claramente en obras tan grandes, no es maravilla que cambie el modelo ideal y reaparezca la antigua idea pagana. Reaparece, trayendo consigo el culto de la belleza y de la fuerza: primero, en Italia, porque es el más pagano de todos los países de Europa, el más próximo á la civilización antigua; después, en Francia y en España, en Flandes (1), y hasta en Alemania, para llegar, en fin, á Inglaterra. ¿Cómo es que se propaga, y qué revolución han sufrido las costumbres que á la sazón une por doquiera á todos los hombres un sentimiento olvidado hacia quince siglos? Es que la condición de los hombres mejora, y ellos lo experimentan. El modelo ideal expresa siempre la situación real, y las creaciones de la imaginación, como las concepciones del espíritu, no hacen más que manifestar el estado de la sociedad y el grado de bienandanza; hay una correspondencia constante entre lo que el hombre admira y lo que el hombre es. Cuando la miseria agobia, cuando la decadencia es visible, ó

(1) Van Orley, Michel Coxie, Franz Floris, los de Vos, los Sadler, Crispin de Pass y los maestros de Nuremberg.



falta la esperanza, se inclina á maldecir la vida terrestre y á buscar consuelos en otro mundo. No bien se alivian sus sufrimientos, no bien se manifiesta su poder, no bien se dilatan sus horizontes, vuelve á encariñarse con la vida presente, á tener confianza en sí mismo, á amar y celebrar la energía, el genio, todas las facultades que contribuyen á procurarle la felicidad. Hacia el vigésimo año de Isabel, los nobles cambian el escudo y la espada de dos manos por el espadín (1): circunstancia casi imperceptible en apariencia, pero en rigor enorme, porque es semejante á la mudanza que hace sesenta años nos despojó de la espada de corte para dejarnos con los brazos colgando en nuestra levita negra. En efecto; entonces es cuando acaba el régimen feudal y empieza la vida de corte, como hace poco acabó la vida de corte y empezó el régimen democrático. Juntamente con la espada de dos manos, con la pesada armadura completa, con los torreones feudales, las guerras privadas y el permanente desorden, todas las calamidades de la Edad Media retroceden y se desvanecen en el pasado. El inglés ha salido de la guerra de las Dos Rosas. Ya no corre el riesgo de que un día le saqueen como rico, y al siguiente le ahorquen como traidor; ya no necesita limpiar su armadura, concertar ligas con los poderosos, hacer provisiones para el invierno, reunir hombres de armas, correr el campo para saquear y ahorcar á los demás (2). La monarquía, en Inglaterra como

(1) La primera carroza es de 1564. Causó mucho asombro. Unos decían que era «una gran concha marina traída de China»; otros que era «un templo en que los canibales adoraban al diablo».

(2) Véase la pintura de este estado de cosas en las cartas de la familia Paston, publicadas por John Fen.

en Europa, ha puesto paz en las sociedades (1), y con la paz aparecen las artes útiles. La seguridad civil trae el bienestar doméstico; y el hombre, mejor abastecido dentro de casa, mejor protegido dentro de su villa, puede tomar gusto á la vida terrestre que transforma.

Hacia fines del siglo xv (2) está dado el impulso: el comercio y la industria de las lanas crecen súbitamente, y de una manera tan enorme, que las tierras de pan llevar se transforman en praderas, «todo se destina á pastos (3)», y desde 1553 se exportan en un año por buques del país cuarenta mil piezas de paño. Es ya la Inglaterra que conocemos hoy: país de praderas, completamente verde, entrecortado de setos, sembrado de ganado, navegante, manufacturero, opulento, con un pueblo de trabajadores alimentados de carne, que la enriquecen enriqueciéndose. Mejoraban tan bien la agricultura, que al cabo de cien años (4) dobla el producto de las tierras. Ellos, á su vez, se multiplican de tal suerte, que en doscientos años (5) dobla la población. Se enriquecen tanto, que á principios del reinado de Carlos I la Cámara de los Comunes es tres veces más rica que la Cámara de los

(1) Luis XI en Francia, Fernando é Isabel en España, Enrique VII en Inglaterra. En Italia el régimen feudal acabó más pronto por el establecimiento de las repúblicas y de los principados.

(2) 1488. Acta del Parlamento sobre los *inclosures*.

(3) *A Compendious examination*, 1581, por Villiam Strafford. Acta del Parlamento, 1541. Whereby the inhabitants of the said town have gotten and come into riches and wealthy livings. (Se trata de Manchester.)

(4) *Pictorial history*, I, 902.

(5) *Pictorial history*, I, 903. De 1377 á 1583, se eleva desde dos millones y medio á cinco millones.



Lores. La ruina (1) de Amberes, por obra del duque de Parma, les envía «la tercera parte de los comerciantes y manufactureros que fabricaban las sedas, los damascos, las medias, los tafetanes y las sargas». El desastre de la armada y la decadencia de España abren todos los mares á su marina. La colmena laboriosa que sabe arriesgarse, emprender, explorar, obrar de concierto, y siempre fructuosamente, va á inaugurar sus beneficios y sus viajes y á zumbiar por todo el universo (2).

En la base y en las cumbres sociales, en todas las partes de la vida, en todos los grados de la condición humana, se hacía visible ese nuevo bienestar. En 1533, considerando «que las calles de Londres estaban sucias, llenas de baches y atolladeros, y que muchas personas, tanto á pie como á caballo, corrían riesgo de herirse y casi habían perecido», Enrique VIII mandaba empezar el empedrado en Londres (3). Nuevas calles cubrían los despoblados á donde los jóvenes iban en otro tiempo á correr y á luchar. Todos los años se veía crecer el número de las tabernas, de los teatros, de las salas donde se fumaba, se jugaba y se celebraban peleas de osos. Antes de Isabel, las casas de los nobles rurales apenas eran más que cabañas cubiertas de paja, revocadas de barro de lo más ordinario é iluminadas solamente por rejas. «Al contrario, dice Harrison (1580), las que se han construido recientemente son, por lo común, de ladrillo, de piedra dura ó de ambas cosas; las habitaciones son hermosas y desahoga-

(1) Ludovic Guicciardini. En 1535.

(2) 1553. Compañía inglesa del comercio ruso.

1578. Drake da la vuelta al mundo.

1600. Compañía inglesa para el comercio de la India.

(3) Lib. VI, cap. IV, *Pictorial history*.

das, y las dependencias de servicio se encuentran más lejos de las habitaciones.» En cuanto á las antiguas casas de madera, se revestían de yeso fino, que, «sobre ser de una blancura tan deliciosa, se extendía en capas tan tersas y tan suaves, que, en mi sentir, no cabría hacer nada con más delicadeza (1)». Esa ingenua admiración patentiza de qué tugurios se acababa de salir. Ahora, por fin, se emplea comúnmente el vidrio para las ventanas; las desnudas paredes se visten de tapices, donde las visitas contemplan con placer y asombro plantas, animales, figuras; se empieza á usar estufas, y se experimenta el placer desconocido de tener habitaciones abrigadas.

«Tres cosas son de notar, dice Harrison, en las casas de los colonos. La primera es la multitud de chimeneas recién construidas. Durante su juventud, no había más de dos ó tres, á lo sumo, en la mayoría de las ciudades del interior del reino. La segunda es la mejora de los muebles, que es grande, aunque no general aún; porque dicen ellos: Nuestros padres, y nosotros también, hemos dormido muchas veces en camastros de paja, en esteras ordinarias, con una sola sábana, con cobertores hechos de pelos recios ó de trapos recosidos, y con un buen leño redondo debajo de la cabeza por travesero ó almohada. Si el jefe de familia, á los siete años de matrimonio, llegaba á comprar por acaso un colchón de borra y un saco de paja fina para reposar la cabeza, se creía tan bien acomodado como el señor de la ciudad... Las almohadas (decían) no parecían hechas más que para las paridas. La tercer cosa es el cambio de la vajilla de madera por la de peltre, y de las cucharas de madera por cu-

(1) Nathan Drake: *Shakespeare and his Times*, passim.



charas de plata ó de estaño; porque esa vajilla de madera era tan común en lo antiguo, que hubiera sido difícil encontrar cuatro piezas de peltre (entre ellas quizá un salero) en la casa de un colono acomodado.»

No es la posesión, sino la adquisición, lo que nos da el goce y la conciencia de nuestra fuerza: los hombres reparan más en cualquier satisfacción menuda, si es nueva, que en una gran satisfacción antigua; cuando ellos miran la vida con buenos ojos y se sienten dispuestos á celebrarla, no es cuando todo va bien, sino cuando todo va mejor. Por eso, en este instante, la celebran; por eso hacen de ella una ostentación magnífica, tan semejante á un cuadro, que produce la pintura en Italia, y tan semejante á una representación, que produce el drama en Inglaterra. Ahora que el hacha y la espada de las guerras civiles han abatido á la nobleza independiente y se ha arruinado la soberanía solitaria de cada gran barón feudal, los señores abandonan sus sombríos castillos, son almenadas fortalezas, rodeadas de aguas estancadas y provistas de ventanas angostas, especies de corazas de piedra, que sólo servían para defender la vida de sus dueños, y afluyen á los nuevos palacios de cúpulas y torrecillas, cubiertos de múltiples y atormentados adornos, guarnecidos de azoteas y de escaleras monumentales, provistos de jardines, de surtidores de agua, palacios de Enrique VIII y de Isabel, semigóticos y semiitalianos (1), cuya comodidad, esplendor y simetría anuncian ya hábitos de sociedad y apego al placer. Los señores van á la corte y abandonan sus costumbres: las cuatro comidas, que apenas bastaban á la voracidad de antaño,

(1) Ese estilo se llama estilo Tudor. Se hace completamente italiano, próximo al antiguo, bajo Jacobo I, con Ínigo Jones.

se reducen á dos; los nobles no tardan en hacerse gente refinada, que cifran su orgullo en la distinción y singularidad de sus diversiones y de su atavío. Se los ve vestirse magníficamente de telas vistosas, con el lujo de quien por primera vez restriega la seda y luce el oro: jubones de raso escarlata; mantos de cebellina de mil ducados; zapatos de terciopelo bordados de oro y de plata; botas de donde salen olas de encajes, con bordados de pájaros, de cuadrúpedos, de constelaciones, de flores de plata, oro y piedras preciosas; camisas adornadas que cuestan diez libras esterlinas. «Es cosa corriente poner mil cabras y cien bueyes en una vestidura y llevar toda una hacienda sobre la espalda (1).» Los vestidos de aquel tiempo parecen urnas. Cuando murió Isabel, se encontraron en sus guardarrropas tres mil trajes. ¿Hay que hablar de las golgas colosales de las damas, de sus faldas ahuecadas, de sus cuerpos envarados en fuerza de diamantes? Signo singular de los tiempos: los hombres eran más volubles en el vestir, y se adornaban más que las mujeres. «Tal es nuestra inconstancia, dice Harrison, que hoy no gusta más que la moda española, al paso que mañana no parecen elegantes y agradables más que los perifollos franceses, y poco después no hay prendas como las del estilo alemán. Tan pronto se prefiere la forma turca como el ropaje morisco, las mangas berberiscas y los calzones cortos franceses. Y si las modas son diversas, hablar del precio, de la calidad, de la vanidad, de la pompa, de la variedad, y, finalmente, de la volubilidad y la locura que se observa en todos los órdenes sociales, sería cuento de no concluir.» Locura, concedido; pero también poesía. Hay algo

(1) Véase Burton: *Anatomy of melancholy*; Stubbes, etc.



más que una diversión de gente casquivana en esa espléndida exhibición de trajes. El exceso de la savia interior se difunde por ese lado, así como en los dramas y poemas. Esos hombres poseen una imaginación de artistas. Una vegetación increíble de formas vivas brota en sus cerebros. Hacen como sus grabadores, que prodigan en las portadas los frutos, las flores, las figuras movidas, los animales, los dioses, y derraman y hacinan todo el tesoro de la naturaleza por todos los huecos del papel. Necesitan gozar de lo bello; quieren disfrutar con los ojos; sienten, naturalmente, de rechazo, el relieve y la energía de todas las formas. Desde el advenimiento de Enrique VIII hasta la muerte de Jacobo I, no se ven más que procesiones, torneos, entradas triunfales, mascaradas. Vienen, ante todo, los banquetes regios, la pompa de las coronaciones, los ruidosos placeres de Enrique VIII.

Wolsey le da fiestas (1) «tan espléndidas y costosas, que es una gloria presenciarlas. No faltan allí damas y doncellas muy hábiles y amaestradas para bailar con los señores disfrazados ó para adornar el salón en el momento preciso. Hay también toda clase de música y armonía, con hermosas voces de hombres y de niños». El rey va á sorprenderle un día en la mesa, seguido de doce señores disfrazados de pastores con trajes de tisú de oro y de raso carmesí, y precedido de antorchas, «con tal ruido de tambores y de flautas, que rara vez se vió cosa semejante (2).» Al momento se sirve un nuevo banquete «de doscientos platos distintos, muy selectos y de invención costosa. Y así pasan la noche comiendo, bailando y en otros regocijos, con

(1) Holinshed, 921.

(2) *Ibid.*

gran contento del rey y de los nobles que allí había». Contad, si podéis (1), las fiestas mitológicas, las recepciones teatrales, las óperas representadas al aire libre por Isabel, Jacobo y sus grandes señores. En Kenilworth duraron las fiestas diez y nueve días. Todo está ahí: pedanterías, novedades, juegos populares, espectáculos sangrientos, alegorías, mitología, caballería, conmemoraciones rústicas y nacionales. En semejante tiempo, en medio de esa animación universal y de esa súbita expansión, los hombres se interesan por sí mismos; su vida les parece hermosa, digna de ser representada y puesta en escena; juegan con ella, gozan con verla, aman sus altos y sus bajos, la miran como un objeto de arte. La reina es recibida primero por una sibila, luego por gigantes del tiempo de Arturo, después por la Dama del Lago. Silvano, Pomona, Ceres y Baco, todas las divinidades le presentan sucesivamente las primicias de su reino. Al siguiente día, un salvaje, vestido de musgo y de hiedra, dialoga, en su presencia, y en obsequio suyo, con Eco. Se echan á pelear perros contra trece osos. Un saltarín italiano hace ejercicios maravillosos delante de toda la concurrencia. La reina asiste á un matrimonio rústico, y á una especie de combate cómico entre los campesinos de Coventry, que representan la derrota de los daneses. Cuando vuelve de caza, Tritón, saliendo del lago, la suplica, en nombre de Neptuno, que liberte á la dama encantada, perseguida por sir Bruce Sin-Piedad. Al instante aparece la dama, rodeada de ninfas, y seguida á poco de Proteo, que va sobre un enorme delfín. Músicos, ocultos en el delfín, cantan, con el coro de las divinidades marinas, las alabanzas de la poderosa,

(1) *Elisabeth and James' Progresses*, por Nichols.



de la bella, de la casta reina de Inglaterra.—Como veis, la comedia no está sólo en el teatro; los grandes y la reina misma se hacen actores. Las exigencias de la imaginación son tan vivas, que la corte se convierte en escena. Bajo Jacobo I, la reina, las principales damas y los primeros nobles, representaban todos los años, el día de Reyes, una ópera llamada *Masque*, especie de alegoría entreverada de bailes, realizada por decoraciones y trajes resplandecientes, y de cuyo esplendor sólo pueden dar idea los cuadros mitológicos de Rubens. «Lores vestidos al modo de las estatuas antiguas, ostentando en la cabeza coronas persas, con espirales de oro hacia dentro, y ceñida la frente con una tira de gasa encarnada y plata; la casaca de tisú encarnado de plata, cortada de suerte que dibujase el desnudo, al modo de la coraza griega, ajustada al pecho por un ancho cinturón de tisú de oro bordado, que se abrochaba con joyas; los mantos de seda, unos de color azul celeste, otros de color de perla, otros de color de fuego ó bronceados (1); las damas con cuerpo de tisú blanco de plata, donde se veían bordados pavos reales y frutos; por debajo, una vestidura suelta, fruncida, de fondo encarnado, listado de plata, dividida por una cintura de oro; y, bajo ésta, otra vestidura flotante de tisú azulado de plata, con galón de oro; sus cabellos recogidos negligentemente bajo una rica y preciosa corona, adornada de finos diamantes; encima un velo transparente que bajaba hasta el suelo; su calzado azul celeste y oro guarnecido de rubíes y de diamantes.» Resumo la descripción, que se asemeja á la de los cuentos maravillosos. Pensad que todas esas

(1) Sacado de las *Masques*, de Ben-Jhonson, *Masque of hymen*, 76. Ed. Gifford, tomo VII.

galas, ese fulgor de las telas, esa irradiación de piedras preciosas, ese esplendor de las carnes desnudas, se exhibían diariamente en las bodas de los grandes, á la vez que se oían los acentos atrevidos de un epitalamio pagano. Pensad en los festines que introducía entonces el conde de Carlisle, donde se servía una mesa llena de selectos manjares, de lo supremo que podía alcanzar el hombre, para desecharla en seguida, y sustituirla por otra análoga. Esa prodigalidad de magnificencias, esas locuras suntuosas, ese desenfreno de la imaginación, esa embriaguez de los ojos y de los oídos, esa ópera representada por los jefes del reino, denuncian, como la pintura de Rubens, de Jordaens y de la Flandes contemporánea, un llamamiento tan franco á los sentidos, un retorno tan completo á la naturaleza, que no puede figurarse nuestra fría y triste edad (1).

### III

Explayarse, satisfacer el corazón y los ojos, lanzar audazmente por todos los caminos de la vida la jauría de los apetitos y de los instintos: he ahí, pues, la necesidad que aparece en las costumbres. Inglaterra no

(1) Así ciertas cartas privadas describen la corte de Isabel como un sitio donde había «poca piedad y práctica de la religión, y donde reinaban en el más alto grado toda clase de enormidades».